

La integración sociopolítica de los jóvenes en tiempos inciertos¹

Jorge Benedicto

The structural transformations experienced by western societies in last decades and the hegemony of neoliberal policies have modified the patterns of social reproduction which guaranteed the youth social integration in adulthood. The most evident consequence of this new context is the breakdown of inter-generational contract that organized the coexistence and legitimacy of European democracies in the phase of welfare capitalism. The effects of this “unfulfilled promise” of integration, now emphasized by big crisis, are experienced with frustration and uncertainty for many young people, forcing them to seek new ways of integration. This article analyses the characteristics of youth integration in the global capitalism, the meanings young people attribute to it and the strategies that they develop to survive in “unsettled times”.

Introducción

es la idea que nos vendieron cuando éramos pequeños: tú trabajas, o sea, tú estudias, hijo, haz una carrera, licénciate, y ya si tienes eso te va a venir todo, te va a venir la casa, la novia, el piso, el perro y el coche. ¡No es así! Esa es la idea que nos vendieron... Y ahora todos tenemos no sé cuántas carreras, no sé cuántos máster, idiomas... Y no viene ni la casa, ni el coche, ni el perro ni nada².

Este fragmento de una entrevista realizada a una joven madrileña en el año 2013 resume a la perfección el sentimiento de decepción y frustración predominante entre amplios sectores de la juventud en estos momentos de crisis. Como muy bien expresaba nuestra entrevistada, el pacto implícito en el que

¹ Este artículo forma parte del proyecto de investigación “¿Redefiniendo la ciudadanía? El impacto de la crisis socioeconómica en las bases de legitimación del Estado de bienestar” financiado dentro del VI Programa Nacional de Investigación Científica, Desarrollo e Innovación Tecnológica del Gobierno de España. La mayor parte de las ideas contenidas en el texto son el resultado del trabajo conjunto de los investigadores participantes en el proyecto mencionado.

² Entrevista: mujer, 30 años, Máster en Sociología, Madrid, agosto 2013.

las nuevas generaciones habían sido socializadas consistía en que a cambio de dedicar un periodo amplio de sus vidas a la formación se les aseguraba la incorporación a la sociedad adulta en unas condiciones sociales y vitales favorables. Esta promesa de éxito diferido que lleva implícita también la idea del ascenso social se habría roto afectando a todos los ámbitos de la vida juvenil, a sus experiencias más inmediatas y a sus expectativas de futuro. El resultado es que, dicho de una manera simplista, los jóvenes como nuestra entrevistada se sienten en buena medida engañados generacionalmente porque a pesar de haber cumplido su parte del pacto, aceptando además la posición subordinada que lleva implícito el periodo de formación, aquellos que tienen el poder, los adultos, no les han proporcionado los beneficios prometidos. Para entender hoy la integración juvenil y, por extensión, los procesos de reproducción de las sociedades democráticas contemporáneas es necesario profundizar en esta nueva realidad que dibuja una diferente correlación de fuerzas entre las generaciones y exige a todos los actores nuevas estrategias de ser y actuar que sustituyan a las tradiciones y hábitos conocidos.

A primera vista, lo más lógico sería considerar esta situación como una más de las consecuencias negativas de la gran crisis socioeconómica que sufre Europa desde 2008. Y es que esta crisis está afectando de manera especialmente intensa a los jóvenes debido entre otras muchas razones al creciente proceso de precarización laboral y vital al que se ven sometidos, que dificulta sus procesos de transición y su incorporación a la sociedad (Fortino *et al.* 2012). Ahora bien, la virulencia de la crisis no puede hacer olvidar que las raíces del problema responden a procesos de más largo alcance que han provocado la modificación de las pautas de reproducción social que aseguraban la integración de las nuevas generaciones en el capitalismo del bienestar. La crisis nos permite visibilizar las inconsistencias y contradicciones del diseño institucional encargado de la integración juvenil, pero sin por ello olvidar el contexto más amplio de las transformaciones estructurales experimentadas por las sociedades occidentales en las últimas décadas (globalización, erosión de los pilares básicos del sistema de bienestar, nueva posición relativa del Estado) y el predominio de los planteamientos ideológicos y las políticas neoliberales. Ambos fenómenos están íntimamente relacionados y no pueden entenderse uno sin el otro.

Con este planteamiento de partida, el objetivo que aquí se pretende es analizar cómo se están modificando los mecanismos de integración social, política y cultural de las nuevas generaciones europeas que han desembocado en la ruptura del contrato intergeneracional sobre el que se había venido asentando la legitimidad de nuestras sociedades democráticas. Y las consecuencias que este nuevo entorno en el que los jóvenes desarrollan sus transiciones a la vida adulta tiene sobre sus experiencias vitales y sobre las es-

trategias que adoptan para hacer frente a la incertidumbre y fragmentación derivadas de las políticas neoliberales. Todos estos procesos tienen un carácter socioestructural que les hace comunes a la gran mayoría de las sociedades europeas. Sin embargo, las circunstancias específicas de los distintos contextos nacionales y la diferente gravedad de la crisis introducen algunas especificidades a tener en cuenta. En concreto, mi argumentación encuentra su referencia más inmediata en aquellos países del Sur de Europa como España o Portugal³, por poner sólo dos ejemplos, donde las elevadas cifras de paro juvenil y la creciente vulnerabilidad del colectivo joven acentúan su sentimiento de marginación de la vida sociopolítica⁴ y donde los efectos negativos de lo que hemos denominado la promesa incumplida de la integración se hacen mucho más visibles.

Para alcanzar estos objetivos, el presente artículo se organiza en cuatro grandes apartados. En el primero de ellos abordaré el contexto de transformaciones estructurales producidas en las sociedades occidentales durante del tránsito desde el capitalismo de bienestar al capitalismo global que modifican el escenario macro en el que tiene lugar la integración sociopolítica de las nuevas generaciones. En el segundo apartado, se analiza la quiebra del modelo clásico de la integración juvenil y las consecuencias que se derivan de la ruptura de ese contrato intergeneracional en términos de incremento de la precariedad vital juvenil y deterioro de su posición social y política. Cómo viven y se imaginan los jóvenes su integración como miembros de la sociedad en este nuevo entorno de incertidumbre e incremento de riesgos será el propósito del tercer apartado. Y, por último, en el cuarto apartado plantearé las que, a mi juicio, son las principales estrategias a través de las cuales los jóvenes tratan de integrarse en la sociedad a la que quieren pertenecer al tiempo que dan sentido a sus procesos de transición a la vida adulta.

³ De acuerdo con los datos de Eurostat, España junto a Portugal, Grecia y en menor medida Irlanda se incluyen en un mismo grupo de países europeos a tenor de la compleja interrelación entre educación y participación en el mercado de trabajo de los jóvenes entre 15 y 34 años. Este grupo se caracterizaría por una elevada tasa de desempleo juvenil y un escaso solapamiento entre educación y mercado de trabajo (Eurostat, Statistics Explained, (epp.eurostat.ec.europa.eu/statistics_explained/index.php/Participation_of_young_people_in_education_and_the_labour_market)).

⁴ Este sentimiento de exclusión de la vida social y económica de su país a causa de la crisis es mayoritario entre los jóvenes europeos (58%), pero las diferencias entre unos países y otros son muy significativas: el 87% de los jóvenes griegos, el 84% de los españoles, el 79% de los portugueses y el 72% de los italianos tienen esta percepción frente a sólo un 34% de los alemanes o un 31% de los daneses (Eurobarómetro 395, marzo-abril 2014).

El contexto de la integración juvenil en el capitalismo global

En las últimas décadas del siglo XX se ha producido tal aceleración del cambio social que muchos de los fundamentos sociopolíticos sobre los que venían funcionando las democracias capitalistas se han puesto en cuestión. Uno de los más significativos en relación a los procesos de integración sociopolítica es la radical modificación de la dialéctica Estado-Mercado, tal y como la conocíamos hasta el momento. Las relaciones de reciprocidad y dependencia que unían a estos dos componentes constituía la base sobre las que se desplegaban las democracias capitalistas modernas. A través del juego combinado de la acción estatal y del funcionamiento de los mercados se construía un tipo de integración de la sociedad en el que los individuos y los grupos participaban de la vida colectiva, desde sus diferentes posiciones sociales.

Esta integración pivotaba sobre el mecanismo de la ciudadanía (Schnapper 2007; Benedicto y Morán 2007) y la atribución al Estado de la tarea de garantizar la igualdad básica que define a los miembros de la comunidad cívica. Esta tarea se realiza a través de dos vías: por una parte, el reconocimiento, defensa y puesta en práctica de los derechos asociados a la condición de ciudadano y, por otra parte, la promoción del bienestar colectivo que permita disfrutar a todos los miembros de la sociedad de unas condiciones materiales de vida dignas. En ambos casos, sin embargo, la labor estatal no se realiza a espaldas o en contra del mercado. Como de manera muy certera explicaba en su momento Marshall, el tipo de igualdad proporcionado por la ciudadanía tiene que ser compatible con las desigualdades provocadas por la acción de la economía de mercado. La ciudadanía se convierte de esta forma en el instrumento para gestionar el inevitable conflicto entre la tensión igualitaria de la democracia y la desigualdad inherente a la lógica del mercado capitalista, aportando la legitimidad necesaria al sistema sociopolítico imperante.

Esta dialéctica, que encuentra en el Estado del bienestar su plasmación más certera y eficaz, empieza, sin embargo, a modificarse a partir de los años '70-'80 del siglo pasado en el que se suceden una serie de procesos de cambio socioeconómico, político e ideológico que modifican no sólo las condiciones en las que se produce la integración de las nuevas generaciones sino también la correlación de fuerzas entre los diferentes actores que allí participan (Streeck 2011). Entre todos estos procesos, sin duda, el fenómeno de la globalización es el que mayor repercusión tiene en la dinámica sociopolítica de nuestras sociedades. Desde hace ya bastantes décadas asistimos a un creciente proceso de interdependencia e interconexión entre las distintas partes de nuestro mundo que pone en cuestión la determinación nacional que caracterizaba la vida social y política de las sociedades modernas. La progresiva desterritorialización de lo social y lo político provocada por la generalización de los flujos globales

(Sassen 2007) trae como consecuencia el cuestionamiento del Estado-nación como principio de delimitación de la sociedad y, por tanto, contenedor de los procesos sociales que allí tienen lugar. El resultado es la pérdida en buena medida de la posición hegemónica que hasta ahora se le atribuía. En el nuevo sistema global, el Estado sigue siendo un actor influyente, un nodo de la densa red del poder global (Castells 2009) pero su poder de decisión y su capacidad de gobernar se ha transformado profundamente.

En esta situación, los vínculos de los ciudadanos con el Estado que otorgaban significado a las lealtades y pertenencias cívicas necesitan replantearse en nuevos términos. La ciudadanía democrática, entendida en clave nacional, encuentra muchas dificultades para desarrollar su función de integración, debido a las limitaciones de la acción estatal. El Estado-nación, enfrentado a los requerimientos sistémicos de las instituciones transnacionales y del mercado global, no es capaz de garantizar la efectiva puesta en práctica de algunos de los derechos tradicionalmente asociados a la condición de ciudadano ni de desarrollar por sus propios medios políticas de bienestar social que aseguren unos niveles de vida dignos a todos los sectores sociales e incrementen los niveles de igualdad dentro de la sociedad.

Sin entrar en el largo debate sobre la orientación política-ideológica de estos cambios estructurales, parece evidente que hoy existe una forma dominante de globalización, la globalización neoliberal, basada en el desarrollo de un mercado global y de aquellas instituciones que le dan apoyo y cobertura (Jessop 2000). Esta hegemonía de las fuerzas del mercado, la constante búsqueda del beneficio privado como eje alrededor del que gira la dimensión socioeconómica de nuestras existencias y la erosión de la capacidad del Estado para promover la justicia social y el bienestar colectivo en los estrechos confines de su territorio nacional, constituyen las señas distintivas de una nueva dialéctica Estado-Mercado. La interdependencia de ambos componentes, característica del capitalismo del bienestar, se ve sustituida en el capitalismo global neoliberal por la subordinación de la acción estatal frente a los intereses y requerimientos de las fuerzas del mercado global, sobre todo las grandes corporaciones. Las políticas de liberalización comercial, desregulación y privatización que proliferan a partir de la década de los '90 constituyen el principal exponente de esta nueva dialéctica (Crouch 2003; Streeck 2011). Unas políticas que precisamente encuentran en el Estado a su principal impulsor y garante.

Los planteamientos y políticas neoliberales, hegemónicos en el sistema global, han modificado drásticamente los principios reguladores de la vida social y política de las democracias contemporáneas y, por supuesto, los marcos y condiciones en los que se lleva a cabo la integración de las nuevas generaciones (Hornstein 2008; Wyn 2013). Entre estos cambios cabría referirse a dos de especial trascendencia. El primero de ellos tiene que ver con la transfor-

mación de la naturaleza de los vínculos cívicos. La globalización neoliberal ha incentivado el individualismo en todos los ámbitos de la existencia personal y colectiva en detrimento de la lógica colectiva del modelo clásico de la ciudadanía en la que esos vínculos anteriormente encontraban sentido. Y lo ha hecho aprovechando en su favor el proceso de desinstitucionalización y fragmentación de la vida social propio de las sociedades postindustriales, en el que la pérdida de capacidad socializadora de las instituciones clásicas ha obligado al individuo a construir su propia biografía, responsabilizándose de los eventuales fracasos que puedan producirse (Beck 1998; Furlong y Cartmel 1997; Dubet 2002).

La centralidad del individuo, de sus necesidades y deseos, ha sido utilizada por las políticas neoliberales para impulsar la creación de identidades alejadas de la conciencia y la actividad que implica lo colectivo. Los tradicionales valores cívicos basados en el sentido de pertenencia grupal y en la implicación colectiva se ven sustituidos por la lógica de la biografía individual y la búsqueda incesante de la coherencia vital. En vez de fomentar las experiencias compartidas, las fuerzas ideológicas hegemónicas impulsan la acción individual, el esfuerzo y la responsabilidad, las preferencias personales (White 2007).

Junto a esta individualización de los valores cívicos también asistimos a la transformación de las bases y principios de la cohesión social. La promoción del bienestar colectivo y la búsqueda de una mayor igualdad relativa entre los ciudadanos a través de la acción estatal, características del Estado de bienestar keynesiano, es puesta en cuestión en esta nueva etapa. Hoy la lógica privatizadora y consumista del capitalismo global ocupa un lugar preferente en detrimento de la acción redistributiva de los estados. El resultado es la creación de nuevos modelos de bienestar donde los derechos universales de ciudadanía son sustituidos progresivamente por los criterios del mérito, el esfuerzo, la necesidad, y el objetivo de la igualdad por el de la protección frente a la exclusión. La mercantilización del bienestar se traduce en la creciente privatización de los servicios sociales anteriormente prestados por el Estado con las consecuencias conocidas (Crouch 2003).

A lo que en último término apuntan todas estas transformaciones es hacia una profunda redefinición de la noción de justicia y solidaridad sobre la que se construye la propia idea de sociedad, así como su articulación sociopolítica. De esta manera las democracias contemporáneas se ven enfrentadas al complicado reto de asegurar el bienestar colectivo y la integración social en un entorno de incremento de la desigualdad y de constante presión por parte del mercado y de las grandes empresas para defender sus intereses. El incremento en las últimas décadas de la desafección y desconfianza de los ciudadanos hacia los gobiernos e instituciones democráticas, una y otra vez puestos de manifiesto por la literatura especializada (Torcal y Montero 2006), suponen un

evidente riesgo para la legitimidad de unas democracias que tienen muchas dificultades para compatibilizar las necesidades de acumulación capitalista y la legitimación del sistema mediante la integración sociopolítica. La crisis iniciada en 2008 en vez de alterar el panorama descrito no ha hecho más que reforzarlo, mostrando la incapacidad de la política democrática para imponer una agenda específica de reconstrucción de la ciudadanía social frente a un mercado capitalista dominado por las grandes corporaciones financieras, que se confirman como los actores centrales de la economía global (Crouch 2011).

La ruptura del contrato intergeneracional y “la promesa incumplida”

Este contexto de transformaciones estructurales dirigido por la estrategia económica neoliberal ha quebrado muchas de las seguridades y certidumbres sobre las que se sostenía el sistema sociopolítico construido durante la etapa del capitalismo del bienestar. Este sistema sociopolítico estaba organizado alrededor de la figura del contrato social, una idea que afectaba a varias dimensiones de la vida colectiva y que delimitaba tanto el papel del Estado como el del resto de actores presentes, lo que dotaba de previsibilidad a sus acciones. Así como se habla habitualmente de un pacto capital-trabajo, también podemos referirnos a un contrato implícito entre las generaciones que busca construir un proceso de reproducción social armónico, en el que tanto las generaciones adultas como las generaciones jóvenes adquirirían la seguridad de poder alcanzar sus objetivos inmediatos.

Este contrato intergeneracional remite a un modelo específico de integración social de las nuevas generaciones, basado en dos componentes fundamentales. En primer lugar, la figura del ciudadano autónomo como referente ideal de la integración, esto es, el individuo que transita desde la situación de dependencia propia de la adolescencia y la juventud a la de la independencia laboral y personal propia de la vida adulta. Autonomía e independencia, sobre todo económica, prácticamente se convierten en sinónimos, a la vez que pre-requisitos para llegar a ser un sujeto político. El segundo componente es una concepción de la juventud como fase de preparación para la vida adulta, articulada alrededor de la relación educación-trabajo, que prepara a los jóvenes para realizar los ritos de paso a la vida adulta (Conde 2014).

La plasmación en la práctica de este modelo de integración presenta diferencias en función de variables como la clase social o el género de los protagonistas que orientan los recorridos transicionales en sentidos diversos (Casal *et al.* 2006), si bien en todos los casos los puntos de partida (la transición escuela-trabajo) y sobre todo la llegada (el acceso al status de adulto) están claramente definidos. La incorporación temprana al mercado de trabajo o el alar-

gamiento del periodo formativo a través de los estudios universitarios definen desde un punto de vista analítico las dos grandes estrategias a través de las cuales los jóvenes tratan de hacer realidad la promesa de la integración y del ascenso social (Benedicto 2011). Dos estrategias que, a pesar de sus aparentes diferencias, tienen un mismo referente: el ideal de ascenso social a través de la formación propio de las clases medias profesionales. Un referente, además, respecto al que cobran sentido las estrategias del resto de clases sociales. Este ideal de las clases medias define una dinámica intergeneracional según la cual los jóvenes alargan su periodo formativo, retrasando su entrada al mercado de trabajo y aplazando la definición de su proyecto vital. A cambio los poderes públicos deberían crear las condiciones necesarias para que puedan vivir en mejores condiciones que su progenitores y no exigir durante esta etapa de espera a los jóvenes más responsabilidades que las imprescindibles para la vida en común, de ahí que no pasen de ser considerados más que meros aprendices de ciudadano (Benedicto y Morán 2003).

Esta relación de intercambio entre los adultos y los jóvenes que define el contrato intergeneracional del capitalismo del bienestar lógicamente ha experimentado cambios según han ido variando las circunstancias sociopolíticas de su realización, así como entre unos contextos nacionales y otros. Pero a pesar de estos cambios, sus características básicas se han mantenido vigentes durante décadas consolidando una concepción de la juventud como etapa de transición a un nuevo status, el de adulto, bien definido institucionalmente y del joven como persona poco preocupada por aquello que rebasa su esfera de intereses más inmediatos, entre otras razones porque sus responsabilidades al igual que las gratificaciones por el esfuerzo de formarse están diferidas al momento de la integración.

El contrato intergeneracional que había demostrado ser un instrumento eficaz de reproducción social empieza a ser puesto en cuestión a partir de la década de los '70-'80 junto al resto de componentes centrales del capitalismo del bienestar dominante hasta entonces⁵. La progresiva pérdida de centralidad de las políticas keynesianas en las que el Estado desempeñaba un papel activo como garante del buen funcionamiento del pacto social y su sustitución por políticas monetaristas en las que las fuerzas del mercado se convierten en el principio básico de estructuración de la vida social y política termina modificando radicalmente las posibilidades de supervivencia del contrato

⁵ En algunos países como España, tanto la construcción del contrato social como su posterior crisis siguen unas pautas temporales diferentes, debido a que habrá que esperar a la transición democrática y más en concreto a los años '80 para que empiece a construirse un Estado del Bienestar homologable al que se puso en pie en otros países como Reino Unido, Francia, Alemania o Italia tras la II Guerra Mundial (Rodríguez Cabrero 2004).

intergeneracional en el nuevo escenario socioeconómico que se dibuja en el último tramo del siglo XX. Las consecuencias de este profundo cambio en el modelo socioeconómico y en los planteamientos ideológicos que lo sustentan tienen un poderoso impacto sobre muchos aspectos de la vida de los jóvenes. Los discursos neoliberales enfatizan la idea del individuo racional que realiza continuamente decisiones libres en un proceso de auto-realización del que él es el principal responsable (Oliver y Heater 1994).

Las reformas socioeconómicas que se ponen en marcha en el mundo occidental en la década de los '80 y las posteriores transformaciones asociadas a la hegemonía del capitalismo global se traducen en profundos cambios en la naturaleza del empleo, el mercado de trabajo y las relaciones laborales que inciden directamente en los procesos de transición juvenil, especialmente en los recorridos escuela-trabajo y en los niveles de bienestar alcanzados (Helve y Evans 2013). El incremento de la precariedad laboral a través de la generalización de trabajos temporales y esquemas retributivos inestables, el fenómeno del desempleo juvenil, la enorme dificultad para vincular los empleos con proyectos laborales a largo plazo ocasionan graves problemas en las transiciones que siguen los jóvenes hacia la vida adulta. Y estos problemas se observan en múltiples aspectos de sus vidas, de tal manera que hoy puede decirse que el cambio en las condiciones de entrada en la vida activa constituye para los jóvenes actuales una verdadera experiencia generacional que estructura sus perspectivas vitales (Chauvel 2006).

Desde una perspectiva colectiva, estas nuevas realidades socioeconómicas implican una notable pérdida de poder social y político de las nuevas generaciones dentro del sistema de relaciones intergeneracionales. De acuerdo con los análisis de James Côté (2014), entre los años '70 y '90 se habría incrementado sensiblemente la desigualdad económica entre jóvenes y adultos, expresada de forma visible en la caída de los salarios juveniles, produciendo como consecuencia una redistribución del bienestar en base a la edad. La edad se convierte así en uno de los criterios fundamentales de estratificación socioeconómica, superando en ocasiones al criterio de género o de origen étnico que recibe mucha mayor atención por parte de las políticas públicas.

Aunque en ocasiones se tratan de explicar las dificultades de los jóvenes para alcanzar una seguridad financiera y unas condiciones de empleo favorable a partir de un discurso psicologizante, como si se tratara de una opción individual que sólo pretende postergar las responsabilidades adultas mientras se prioriza la búsqueda de la realización personal⁶, no se puede olvidar la in-

⁶ Uno de los debates más interesantes de los últimos años ha girado precisamente en torno a la propuesta de J. Arnett de distinguir una nueva etapa dentro del recorrido vital de los individuos

fluencia determinante de las políticas económicas neoliberales en la construcción de las condiciones materiales en que los jóvenes viven hoy su juventud. Una juventud que ha dejado de ser concebida como una etapa de preparación para la vida adulta para adquirir nuevas significaciones vinculadas en su mayoría a la construcción por parte de los individuos de biografías que permitan dar sentido a una realidad cambiante y fragmentada, desprovista en buena medida de pautas de acción institucionalmente definidas. Biografización, responsabilidad individual y consumismo constituyen los rasgos fundamentales de una nueva condición juvenil en la que las certidumbres de antaño, ancladas en la reproducción de valores, normas y estatus se ven progresivamente sustituidas por las incertidumbres y los riesgos. La juventud en el nuevo capitalismo global es una etapa de experimentación y provisionalidad en la que la integración se revela como un proceso incierto e inestable.

La evidente quiebra del pacto que había sustentado la reproducción social en las sociedades democráticas desarrolladas y sobre todo sus consecuencias más evidentes no se harán del todo explícitas hasta el estallido y desarrollo de la gran crisis a partir de 2008, especialmente en los países donde está teniendo más intensidad. En efecto, a pesar de que en los años alrededor del cambio de siglo la situación de precariedad en la que se movían amplios sectores de la juventud ya era una realidad constatable – tal y como acabo de mostrar – y las contradicciones que dificultaban su integración eran cada vez mayores, la etapa de crecimiento y optimismo que vivía la economía mundial – acrecentada en algunos países por el boom inmobiliario y la expansión del crédito – enmascaró las consecuencias negativas derivadas de esta situación: creciente polarización de los sectores juveniles en función de su posición social de origen, deterioro de las condiciones de integración en el caso de jóvenes con formación no universitaria, progresivo incremento del número de jóvenes excluidos del mundo laboral y formativo (NEETs) y de las “misleading trajectories” (Egris 2001; López Blasco *et al.* 2003; Chavuel 2006; Bynner 2013; Côté 2014).

A pesar de las dificultades cada vez mayores, el ideal de éxito diferido y ascenso social de las clases media parecía aún vigente y orientaba el comportamiento de las distintas clases sociales. Podía ser que se necesitara un mayor esfuerzo formativo, que la inserción laboral fuera mucho más compleja y discontinua, que los riesgos a sortear en unos procesos de transición cada vez más largos también fueran más elevados, pero las nuevas generaciones procedentes de las clases de servicio y de las clases intermedias seguían confiando

denominada “emerging adulthood”, durante la cual los individuos maduran psicológicamente antes de alcanzar la vida adulta. En esta etapa predominarían los factores psicológicos individuales frente a los determinantes estructurales. Para seguir este debate consultar entre otros Arnett (2004), Bynner (2005), Molgat (2007), Côté y Bynner (2008).

en que su integración sociopolítica les iba a reportar una situación superior a la que habían disfrutado sus padres. La gran crisis va a alterar definitivamente todos estos esquemas heredados de la etapa anterior.

El brusco deterioro de las condiciones económicas de los países europeos, especialmente del Sur de Europa, y las políticas impulsadas por los gobiernos para tratar de superar la situación de recesión han tenido una especial incidencia en las vidas de los jóvenes. Las elevadísimas tasas de desempleo juvenil son la mejor demostración de estas consecuencias negativas: en países como España o Grecia el porcentaje de jóvenes entre 15 y 24 años que son activos pero no encuentran trabajo viene superando desde 2012 el 50%. Pero lo más significativo es que las repercusiones también han llegado a los sectores juveniles que habían apostado por la estrategia formativa, poniendo de manifiesto que la inversión en capital humano a través de la educación superior ya no es suficiente para asegurar la integración exitosa. En unos casos, los universitarios experimentan directamente las barreras que impiden el acceso al mercado de trabajo, como se demuestra en el hecho de que en 2010, según los datos de Eurostat, el 21% de los jóvenes griegos con estudios superiores no tenían trabajo, algo que también le ocurría al 18% de los italianos y de los españoles (Moreno 2012: 47)⁷. En otros casos, se tienen que enfrentar al problema del subempleo y la sobrecualificación, provocado por la retracción de la oferta de trabajo y por los desajustes entre las competencias adquiridas en el periodo formativo y las exigencias de un mercado cada vez más cambiante y fragmentado (McDonald 2011). La promesa de éxito diferido que había funcionado como eje organizador del proceso de integración sociopolítica de las nuevas generaciones se torna en una especie de “promesa incumplida” que genera frustración, desconcierto e incertidumbre entre la gran mayoría de los jóvenes.

Esta experiencia de “promesa incumplida” desde la que se afronta el proceso de integración constituye una verdadera experiencia generacional que estructura y dota de una cierta homogeneidad las perspectivas vitales de los jóvenes actuales. Sea cual sea su situación socioeconómica, la sensación generalizada entre muchos de ellos de que no van a poder mejorar la posición social de sus padres – e incluso que van a empeorarla – refleja el desconcierto ante una situación en la que las estrategias habituales de integración, como la educación, no sólo no ofrecen los resultados esperados sino que tampoco proporcionan un horizonte de seguridad vital.

⁷ Las diferencias entre unos países u otros es muy significativa, así por ejemplo en Alemania este porcentaje baja hasta el 4,1% y la media de la UE-15 era del 9%. Para los jóvenes entre 30 y 34 años, los porcentajes de los países meridionales pasan al 12,5% en el caso de Grecia, el 11,5% en el de España y el 9,1% en el de Italia, mientras la media europea pasa al 6% y el porcentaje de Alemania baja al 3,1% (Moreno 2012: 47).

Los significados de la integración: experiencias y expectativas de futuro

La profundidad de todos estos cambios no es posible calibrarla en toda su extensión haciendo referencia exclusivamente a la variación de las condiciones estructurales e institucionales. Cuando se estudian los procesos de integración desde las propias experiencias, reales y ficticias, de los jóvenes se descubre un panorama aún más complejo. Se entremezclan los valores tradicionales en los que les han socializado sus mayores (la importancia del esfuerzo, la centralidad del trabajo, el modelo meritocrático, la identificación entre democracia y bienestar, etc.) con una conciencia cada vez más acusada de la necesidad de encontrar nuevas vías, acordes con la situación en la que viven, que hagan posible la integración en la sociedad adulta en unas condiciones aceptables para sus expectativas. En una reciente investigación llevada a cabo con jóvenes universitarios españoles de clase media dirigida a estudiar los procesos de integración cívica de las nuevas generaciones desde sus propios contextos de experiencia⁸, se comprobó cómo los jóvenes responden al desconcierto e incertidumbre que les provocan las profundas transformaciones – económicas, sociales, culturales y políticas – existentes con flexibilidad y pragmatismo (Benedicto *et al.* 2013) En unos casos, tratan de adecuar sus expectativas a los cambios que perciben, en otros tratan de enfrentarse a los mismos, pero en general construyen sus biografías en el juego combinado de oportunidades personales y límites estructurales (Furlong 2009), tratando de poner en pie estrategias de supervivencia adecuadas a la situación.

Los recursos personales, familiares y sociales con que cuentan los jóvenes les ayudan –de distinta manera según el contexto del que se trate (Côté 2013) – a gestionar sus transiciones, a tomar decisiones, a diseñar sus caminos hacia la integración. Más allá de la inevitable diversidad de los sectores juveniles, la mayoría de las narraciones biográficas presenta una serie de coincidencias que apuntan hacia una cierta especificidad generacional. La más destacable es sin duda que todo lo relacionado con el mundo del trabajo aparece una y otra vez en el centro de los relatos juveniles sobre sus proyectos biográficos. A pesar de que el acceso al mercado de trabajo se ha complicado sobremanera y que la precariedad laboral se ha convertido en la norma predominante, aún más en esta etapa de crisis, la perspectiva de conseguir un empleo, las capacidades que pueden permitir acceder al mismo o el desarrollo – real o ficticio

⁸ Los resultados empíricos de la investigación se basan en el análisis de 30 entrevistas en profundidad a jóvenes universitarios de clase media entre 24 y 30 años con distinta situación laboral y 40 narraciones biográficas redactadas en forma de cartas ficticias por jóvenes universitarios entre 20 y 27 años.

– de una experiencia laboral que sea gratificante para el individuo y que cumpla con las expectativas constituyen un elemento de referencia imprescindible cuando se piensa en la integración. Aunque hoy la idea de trabajo ya no posee los mismos significados que tenía para generaciones precedentes y los jóvenes son conscientes de que la inserción laboral no asegura ni la independencia económica ni una transición armoniosa, el mundo del trabajo continua siendo considerado el principal agente de integración social y un componente clave dentro del recorrido vital. Alrededor del tema del empleo surgen una gran cantidad de significaciones conexas que se vinculan con múltiples experiencias vitales.

La centralidad del trabajo en las narraciones biográficas juveniles pone de manifiesto el contexto de contradicciones en el que se mueven. Por una parte, en un momento de profundas transformaciones socioeconómicas, la capacidad del sujeto para ir construyendo algún tipo de biografía laboral, aunque sea inconexa y caótica, aparece como la herramienta más eficaz para poder integrarse en la sociedad. Pero por otra, este empeño en seguir centrando la integración en el ámbito laboral pone de manifiesto la pérdida de poder social de las nuevas generaciones. Todos los esfuerzos que realizan por desarrollar su empleabilidad o por acceder al mercado de trabajo aún en posiciones precarias y temporales, no aseguran la integración y su éxito depende en último término de fuerzas y procesos macroeconómicos que escapan de sus posibilidades de acción. El resultado es que el sujeto se termina responsabilizando de una situación que cada vez escapa más a su control, con las consecuencias ya conocidas de frustración, desconcierto e inseguridad vital.

La constante referencia que hacen los jóvenes a la importancia de tomar decisiones que orienten su recorrido vital no sólo en el terreno laboral sino también en otros terrenos decisivos como el de la emancipación familiar, los nuevos tipos de relaciones afectivas y personales o los lazos con sus comunidades de pertenencia constituye otra de las experiencias generacionales que permiten comprender mejor que significa hoy la integración para los jóvenes (Benedicto *et al.* 2013). Frente a los modelos más o menos lineales, predominantes en épocas anteriores, en los que las instituciones establecían las pautas de acción a seguir, en estos momentos las biografías juveniles se construyen a retazos, sobre la base de decisiones individuales que buscan dotar de sentido al recorrido que se sigue. Pero tomar decisiones – una idea que tiene mucha fuerza en sus discursos – no supone en la mayoría de los casos libertad de elección, ni tampoco voluntariedad, sino necesidad de enfrentarse a dilemas entre opciones cuya naturaleza e implicaciones muchas veces no son evidentes, responsabilizándose sin embargo del resultado.

Integrarse en la sociedad adulta aparece a los ojos de los jóvenes como una aventura individual, carente de pautas evidentes a seguir y sobre todo cuyos

resultados no aparecen claros. Es lógico, por tanto, que les resulte bastante difícil imaginarse el futuro que les espera (Benedicto *et al.* 2013). Una vez que la promesa futura de movilidad ascendente ha dejado de funcionar como ideal de integración, que el capital humano acumulado durante la etapa formativa se devalúa y que la precariedad se ha convertido en una experiencia vital decisiva, se instala el desconcierto y la incertidumbre en torno al futuro. Un futuro – que al igual que el pasado – tiende a ser reemplazado por el presente inmediato que aparece como la “única dimensión temporal disponible para definir opciones” (Leccardi 2011: 111).

Pero esta dificultad para representarse el futuro que les espera no implica necesariamente resignación ante las posibles consecuencias negativas derivadas de una situación incierta. Frente al futuro prefijado de las transiciones clásicas, la incertidumbre actual también impulsa a algunos jóvenes a tratar de aprovecharla en su favor, a reconocerla como una oportunidad de ir construyendo sus biografías conforme se suceden los acontecimientos, sin que tenga que existir previamente un plan o proyecto previo. La metáfora del movimiento en oposición a la idea de lo estático resume a la perfección la actitud que consideran imprescindible para integrarse en el mundo que les ha tocado vivir.

Las estrategias de integración de los jóvenes: una pluralidad de espacios de actuación

A lo largo de este texto hemos podido ir viendo cómo la nueva situación en la que los jóvenes tienen que desarrollar sus procesos de transición a la vida adulta crea muchas dificultades e inseguridades. A pesar de estos problemas que para algunos jóvenes, los más desventajados, suponen obstáculos casi insalvables que les acercan a la exclusión, la gran mayoría, gracias al apoyo de la familia y a sus propios recursos, resistirán los efectos más perversos de la actual recesión económica y, en general, de la globalización neoliberal predominante (Bynner 2013). Pero, como es lógico dada la heterogeneidad del colectivo juvenil, no van a responder de la misma manera, ni con las mismas herramientas ni las mismas pautas de acción, aunque en todos los casos lo que si se observa es un propósito de negociación con la realidad social que les permita dar sentido a la incertidumbre que pesa sobre su futuro.

La noción de “unsettled times” utilizada por A. Swidler (1986 y 2003) puede ser muy útil para entender el reto al que tienen que hacer frente los jóvenes, el tránsito desde los hábitos conocidos a las nuevas ideas. Swidler al analizar la relación entre cultura y acción distingue dos coyunturas contrapuestas: aquellos momentos donde predomina la estabilidad (“settled times”)

en los que la gente sabe cómo actuar gracias a la tradición y el sentido común y, en el extremo opuesto, los momentos de cambio e incertidumbre sociocultural (“unsettled times”) en los que los actores se ven forzados a reorganizar los marcos culturales por medio de los cuales atribuyen significados a la realidad que les rodea. En este caso no existen hábitos que seguir sino que se trata de aprender nuevas formas de ser y actuar. La gente tiene que utilizar las herramientas culturales a su disposición para construir nuevas estrategias de acción cuya influencia en último término estará limitada/enmarcada por las oportunidades estructurales.

Este segundo escenario es sin duda en el que se encuentran los jóvenes actuales. Los marcos culturales tradicionales ya no sirven como guía de acción ante la profunda transformación del proyecto de integración. Por el contrario, para poder entender el nuevo panorama que surge tras la quiebra de las promesas hechas por las generaciones adultas y resolver las contradicciones entre lo esperado y lo percibido, los jóvenes necesitan redefinir sus estrategias de acción, utilizando para ello algunas de las herramientas tradicionales, desechando otras que ya no sirven y sobre todo recurriendo a otras nuevas.

Basándome en los resultados de la investigación antes mencionada (Benedicto *et al.* 2013) y de una manera aún provisional propongo la existencia de cuatro grandes estrategias de supervivencia que utilizan los jóvenes para hacer frente a la incertidumbre que les rodea. La primera de estas estrategias es la de *la competición individual*. En este caso, los jóvenes se enfrentan a la incertidumbre de sus procesos de integración aprovechando las potencialidades que se derivan de los principios que rigen la globalización neoliberal y el nuevo mundo tecnológico. El cosmopolitismo, la movilidad social y cultural, la flexibilidad y adaptabilidad a las demandas del mercado, el consumo transnacionalizado o un nivel extremo de conectividad tecnológica son las características predominantes entre unos jóvenes que están en una permanente competición con sus coetáneos por conseguir el éxito. “La única condición para pertenecer a este grupo es que cualquier actividad que trates de hacer o proyecto que empieces debes hacerlo SOLO, por tus propios medios. La individualidad es la única estrategia para competir en este juego...” (Pérez Islas 2008: 311). Las instituciones que sustentan la economía global – desde las grandes universidades a las multinacionales o las organizaciones internacionales – alientan esta carrera donde las reglas se supeditan a la competición y a la consecución de los resultados. Al fin y al cabo lo único que interesa es ganar y a ello se subordinan todos los aspectos de la vida, también los más personales con los costes relacionales que ello puede suponer (por ejemplo, en el caso de constitución de las parejas). El joven competidor es el gran protagonista, el responsable del éxito en la tarea de integrarse en la vida adulta pero también del fracaso cuando éste se produce.

La segunda estrategia es la de la *adaptación individual*. Este camino sin duda es el más transitado en la juventud actual. Ante los problemas y obstáculos que continuamente dificultan la integración en la sociedad adulta, ya no valen las expectativas transmitidas por los padres o las instancias tradicionales de socialización. Es preciso acomodarse a la realidad existente, tratando de negociar soluciones que se acerquen lo más posible a lo esperado o, por lo menos, no impliquen una renuncia completa a las aspiraciones iniciales. Este trabajo de adaptación adopta la forma de un proceso de aproximaciones sucesivas, mediante continuos ensayos y errores en sus decisiones biográficas sobre los más distintos aspectos de sus vidas (trabajo, educación, emancipación familiar, formas de relación afectiva, etc.). Unas decisiones que van modificando sus expectativas hasta que sean acordes a las posibilidades del entorno (Casal *et al.* 2006). Esta estrategia adaptativa también tiene un carácter individual, tal y como ocurría en el caso anterior, pero en este caso no es una situación buscada por el joven para ganar una competición por el éxito. Por el contrario es la consecuencia de un marco ideológico e institucional que hace depender la integración de una serie de capacidades y recursos psicológicos del joven y que apenas ofrece estructuras de apoyo para aquellos que tienen que hacer frente a las consecuencias de la precarización cada vez más intensa. Precisamente la precariedad laboral y vital constituye la principal amenaza en esta estrategia de adaptación ya que puede terminar provocando trayectorias erráticas, sin dirección ni sentido, que aboquen a una situación permanente de incertidumbre e inestabilidad.

La tercera estrategia de integración juvenil que se puede distinguir es la de la *resistencia*. Contrariamente a las dos anteriores, esta estrategia supone una alternativa a los valores predominantes en la globalización neoliberal y, en cierta forma, un intento de recuperación de la importancia de las identidades, del sentimiento de pertenencia. La idea central de esta pauta de acción es que solamente en compañía de otros se puede sobrevivir, sean amigos, vecinos, compañeros de ideales o integrantes de comunidades, reales o virtuales. De ahí que frente a las soluciones individuales se prioricen las de carácter grupal. Las formas de resistencia se abren paso de forma más bien anónima en ámbitos muy distintos, desde el laboral al de las formas de convivencia. Pero donde empiezan a tener más significatividad es en aquellos casos en que grupos de jóvenes tratan de enfrentarse al individualismo y la inestabilidad predominantes en el entorno sociocultural mediante la búsqueda de nuevos “paraísos comunales” (Castells 2009), esto es comunidades construidas al margen de las formas predominantes de convivencia donde se pretende recuperar los viejos valores de la solidaridad y la vida en común (el neorruralismo juvenil o algunos fenómenos okupas son ejemplos a tener en cuenta)

La última de las estrategias a considerar es la de la *innovación alternativa*. En este caso, los jóvenes mantienen una posición ambivalente respecto a la

sociedad global en la que viven, tratando de aprovechar las enormes posibilidades que abre pero con una orientación alternativa a la predominante en el capitalismo neoliberal. Los principios del cosmopolitismo, la flexibilidad, la movilidad o la conectividad son rasgos fundamentales en las pautas de acción que definen la estrategia de la innovación, pero no para ser los primeros en la competición por el éxito sino para construir, a través de la experimentación, formas de existencia alternativas que se rebelan contra las imposiciones de una cultura individualista y competitiva. Estas estrategias de innovación surgen sobre todo entre los sectores sociales más dinámicos, social y culturalmente, al disponer de mayores recursos para ensayar nuevas trayectorias vitales. Pero también encontramos innovación desde los márgenes, como ocurre con algunas culturas juveniles que con grandes dosis de creatividad y emancipación dibujan caminos alternativos de integración (Machado Pais 2008).

Las cuatro estrategias descritas, que al plasmarse en la práctica muchas veces se solapan, cabe entenderlas como diferentes respuestas que los jóvenes ponen en marcha para enfrentarse a situaciones que sienten fuera de su control. Son estrategias que utilizan los jóvenes para “pertenecer” (Wyn 2013), esto es, para determinar quiénes son y dónde pertenecen. Pero no son caminos alternativos que siguen de manera excluyente unos u otros jóvenes en función de sus desiguales recursos o de decisiones individuales. Por el contrario, estas estrategias hay que interpretarlas como escenarios de actuación que los jóvenes manejan, combinan y hacen suyos en función de sus entornos vitales, sus marcos de referencias o sus aspiraciones. A partir de su “bounded agency” (Evans 2007) los jóvenes se convierten en actores que tratan de desarrollar distintas soluciones con las que hacer frente a la incertidumbre, inestabilidad y fragmentación provocadas por las transformaciones estructurales de la sociedad global, hoy agudizadas en este entorno de crisis y recesión.

Referencias

- Arnett J.J. (2004), *Emerging Adulthood. The Winding Road from the Late Teens through the Twenties*, Oxford University Press, New York.
- Beck U. (1998 [1986]), *La sociedad del riesgo. Hacia una nueva modernidad*, Paidós, Barcelona.
- Benedicto J. (2011), *Transições juvenis para a cidadania: uma análise empírica das identidades cidadãs*, en Machado Pais J., Bendit R. y Ferreira V.S. (eds.), *Jovens e Rumos*, Imprensa de Ciências Sociais, Lisboa.
- Benedicto J. y Morán M.L. (2003), *Los jóvenes, ¿ciudadanos en proyecto?*, en Idd. (eds.), *Aprendiendo a ser ciudadanos. Experiencias sociales y construcción de la ciudadanía entre los jóvenes*, Instituto de la Juventud (InJuve), Madrid.

- Benedicto J. y Morán M.L. (2007), *Becoming a Citizen. Analyzing the Social Representations of Citizenship among Young People*, «European Societies», 9 (4): 601-622.
- Benedicto J., Fernandez L., Gutierrez M., Martín E., Morán M.L. y Perez A. (2013), *Transitar a la intemperie. Jóvenes en busca de integración*, Instituto de la Juventud (In-Juve), Madrid. (www.injuve.es/observatorio/valores-actitudes-y-participacion/transitar-a-la-intemperie-jovenes-en-busca-de-integracion).
- Bynner J. (2005), *Rethinking the Youth Phase of the Life-Course: the Case for Emerging Adulthood*, «Journal of Youth Studies», 8 (4): 367-384.
- Bynner J. (2013), *School to Work Transitions and Wellbeing in a Changing Labour Markets*, en Helve H. y Evans K. (eds.), *Youth and Work Transitions in Changing Social Landscapes*, The Tufnell Press London.
- Casal J., Garcia M., Merino R., Quesada M. (2006), *Changes in Forms of Transition in Contexts of Informational Capitalism*, «Papers», 79: 195-223.
- Castells M. (2009), *The Information Age: Economy, Society, and Culture. Volume II. The Power of Identity*, Wiley-Blackwell, West Sussex.
- Chauvel L. (2006), *Les nouvelles générations devant la panne prolongée de l'ascenseur social*, «Revue de l'OFCE», 96 (1): 35-50.
- Conde F. (2014), *Introducción: la crisis del 'contrato social' de la juventud*, en Centro Reina Sofía sobre Adolescencia y Juventud, *Crisis y contrato social. Los jóvenes en la sociedad del futuro*, CRS/FAD, Madrid.
- Côté J. (2013), *The importance of resources in work transitions in late modern contexts*, en Helve H. y Evans K. (eds.), *Youth and work transitions in changing social landscapes*, The Tufnell Press London.
- Côté J. (2014), *Towards a new political economy of youth*, «Journal of Youth Studies», 17 (4): 527-543.
- Côté J. y Bynner J. (2008), *Changes in the transition to adulthood in the UK and Canada: the role of structure and agency in emerging adulthood*, «Journal of Youth Studies», 11 (3): 251-268.
- Crouch C. (2003), *Postdemocrazia*, Laterza, Roma-Bari.
- Crouch C. (2011), *The Strange Non-Death of Neoliberalism*, Polity Press, Cambridge.
- Dubet F. (2002), *Le déclin de l'institution*, Seuil Paris.
- European Group for Integrated Social Research (Egris) (2001), *Misleading Trajectories: Transition Dilemmas of Young Adults in Europe*, «Journal of Youth Studies», 4 (1): 101-118.
- Evans K. (2007), *Concepts of Bounded Agency in Education, Work and the Personal Lives of Young Adults*, «International Journal of Psychology», 42 (2): 85-93.
- Fortino S., Tejerina B., Cavia B. y Calderón J. (2012), *Crise sociale et précarité*, Champ Social, Paris.
- Furlong A. (ed.) (2009), *Handbook of Young and Young Adulthood. New Perspectives and Agendas*, Routledge, New York.
- Furlong A. y Cartmel F. (1997), *Young People and Social Change*, Open University Press, Buckingham.
- Helve H. y Evans K. (eds.) (2013), *Youth and work transitions in changing social landscapes*, The Tufnell Press, London.
- Hornstein W. (2008), *Youth, Youth Politics and Youth Research in the Process of Globalization*, en Bendit R. y Hahn-Bleibtreu M. (eds.), *Youth and the Future. Processes of Social In-*

- clusion and Patterns of Vulnerability in a Globalised World*. Opladen & Barbara Budrich Publishers, Farmington Hills.
- Jessop B. (2000), *Reflexiones sobre la (i)lógica de la globalización*, «Zona Abierta», 92-93: 95-125
- Leccardi C. (2011), *Redefining the Future: Youthful Biographical Construction in the 21st Century*, en Chisholm L., Kovacheva S. y Merico M. (eds.), *European Youth Studies. Integrating Research, Policy and Practice*, M.A. European Youth Studies, Innsbruck.
- López Blasco A., McNeish W. y Walther A. (eds.) (2003), *Young People and Contradictions of Inclusion*, Policy Press, Bristol.
- MacDonald R. (2011), *Youth Transitions, Unemployment and Underemployment: Plus ça change, plus c'est la même chose?*, «Journal of Sociology», 47 (4): 427-444.
- Machado Pais J.A. (2008), *Young People and Citizenship*, en Bendit R. y Hahn-Bleibtreu M. (eds.), *Youth and the Future. Processes of Social Inclusion and Patterns of Vulnerability in a Globalised World*. Opladen & Barbara Budrich Publishers, Farmington Hills.
- Molgat M. (2007), *Do Transitions and Social Structures Matter? How 'Emerging Adults' Define Themselves as Adults*, «Journal of Youth Studies», 10 (5): 495-516.
- Moreno Mínguez A., López Peláez A. y Segado Sánchez-Cabezudo S. (2012), *La transición de los jóvenes a la vida adulta. Crisis económica y emancipación tardía*, «Colección Estudios Sociales», 34, Obra Social "La Caixa", Barcelona.
- Oliver D. y Heater D. (1994), *The foundations of Citizenship*, Harvester Wheatsheaf London.
- Perez Islas J.A. (2008), *Between Uncertainty and Risk: to Be and Not to Be, that is the Question for Youth Today*, en Bendit R. y Hahn-Bleibtreu M. (eds.), *Youth and the Future. Processes of Social Inclusion and Patterns of Vulnerability in a Globalised World*. Opladen & Barbara Budrich Publishers, Farmington Hills.
- Rodríguez Cabrero G. (2004), *El Estado de bienestar en España: debates, desarrollos y retos*. Fundamentos, Madrid.
- Sassen S. (2007), *A Sociology of Globalization*, Norton & Company Ltd., New York.
- Schnapper D. (2007), *Qu'est-ce-que l'intégration?*, Gallimard, Paris.
- Streeck W. (2011), *The Crisis in Context: Democratic Capitalism and its Contradictions*, «Max Weber Lecture Series», 4: 1-20.
- Swidler A. (1986), *Culture in Action: Symbols and Strategies*, «American Sociological Review», 51 (2): 273-286.
- Swidler A. (2003), *Talk of Love: How Culture Works*, University of Chicago Press, Chicago.
- Torcal M. y Montero J.R. (2006), *Political Disaffection in Contemporary Democracies: Social Capital, Institutions, and Politics*, Routledge, New York.
- White R. (2007), *Paradoxes of Youth Participation: Political Activism and Youth Disenchantment*, en Saha L.J., Print M. y Edwards K. (eds.), *Youth and Political Participation*. Sense Publishers, Rotterdam.
- Wynn J. (2013): *Young adulthood in Australia and New Zealand: Pathways to belonging*, en Helve H. y Evans K. (eds.) (2013), *Youth and Work Transitions in Changing Social Landscapes*, The Tufnell Press, London.

